

SERMON

DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

(DE BORDOY.)

Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.

La obra es grande, porque no se dispone habitacion para un hombre, sino para Dios.

I. Paralip. c. 29. v. 1.

Días alegres y solemnísimos deben ser para el hombre aquellos en que se ofrecen á su consideracion los grandes misterios que obró el Eterno en favor de la Reina y Señora del universo, pues ántes que el Señor comenzase á explayar en ella las fuerzas de su omnipotencia, ¿qué objetos agradables y placenteros se presentaban á su vista, que pudiesen endulzar el amargor de sus penas y disipar la negra melancolía de sus quebrantos? Sumido en profunda tristeza, rodaban solo sobre su cabeza los tristes espectros de sus desgracias, de sus infortunios y de su envilecimiento. Aquella grandeza y brillantez á que habia sido destinado, la veía convertirse en oscuridad, degradacion y calamidades. En cualquier parte que morase, se oían solo tristes endechas sobre la infausta pérdida que hizo su primer padre de aquella gracia que le santificaba, y de aquella elevacion que le ennoblecia. Impulsada su alma de sentimientos nobles, que con la culpa no se le borraron, queria volar á aquella grandeza, pero se le escapaba; y á aquella gloria, pero se le huía. Si la buscaba en los momentos de sus primeros días, no encontraba sino

imágenes de ignominia y horror. Aquí comenzaba la maldicion; y su cruel saña le agujoneaba siempre, haciéndole sentir de continuo el enorme peso de sus estragos. Invocaba en vano el estado feliz y venturoso en que habia sido colocado; sus votos no eran oídos, y muros de bronce impedían su retorno, pues que la sentencia de su destierro estaba escrita en decretos irrevocables, que no se mudan. Extendia entónces su vista sobre los demas individuos de la especie humana, por ver si en ellos encontraba un débil resplandor de aquella elevacion y grandeza que en un principio tanto la ennoblecia, y solo hallaba seres degradados, envilecidos y rodeados de espesas tinieblas, de ignorancia y estupidez. Volvia otra vez...

Pero en vano te fatigas, ó mortal; inútiles son tus esfuerzos y tus deseos serán fallidos hasta que se cumplan los plazos del Eterno. Se cumplieron ya; y una criatura de tu linaje y descendiente de tus mismos padres, dará cumplimiento á tus votos, restablecerá el honor de tu especie, sentándose en el antiguo trono de gloria y majestad. A ella levanta tus ojos, y te consolarás de tus pérdidas; y se calmará la amargura que te aqueja de tu degradacion y envilecimiento. En María verás una grandeza que la eleva, una gloria que la exalta. Pero qué gloria y qué grandeza? En el primer momento de su concepcion ya se verá circuída de luz pura, de resplandor brillante, y la mano de Dios escribirá en ella las palabras de salud y vida. El centro que le alarga entónces el Criador y que ella toca, la excluye del decreto de muerte fulminado contra todos los hijos de Israel; y agrada de su hermosura, la levanta con sus brazos, y la coloca á su lado en el augusto solio de su poder y dignidad. Sus cortesanos la aplauden y victorean; y entonan á su presencia los cánticos de alabanza del pueblo escogido en el paso del Mar rojo, diciendo, que caballo y caballero se habian hundido, y ella sola lo habia pasado á pié enjuto y sin mojarse. Dícenle tambien, que es parecida al arca, que nadaba sobre las aguas del diluvio, y al testimonio de la alianza, que caminaba siempre luminoso y resplandeciente. Y ¿qué otras cosas mas añadirían, y qué otros nuevos cánticos empezarian! Su gloria los arrebató, y su grandeza los transporta.

Pues si es de este modo, señores, ¿qué grandeza podrá compararse con la de María? Y qué majestad podrá brillar á la par de María? No hay que mentar grandezas humanas, que son co-

mo sombra que pasa y humo que se desvanece. ¿Qué fué la grandeza de los persas, de los griegos y de los romanos, de los Darios, Alejandro y Césares? La de María la ofusca y la eclipsa enteramente, porque está fundada en motivos mas nobles y nace de principio mas puro. Un Padre la llama *la reunion de todas las gracias*; ved ahí sus caracteres: y la Iglesia la aclama *inmaculada en su concepcion*; ved ahí su origen.

¿No os decía yo pues con justa razon, que los dias en que se recuerdan los grandes misterios que en María obró el Señor, deben ser para nosotros de júbilo y de gran solemnidad? Y si lo deben ser todos, ¿con cuánta especialidad el misterio á que se encaminan estos religiosos cultos, que se le tributan en el dia de hoy en este magnífico templo? En María hallamos el dichoso término en que descansar, y la fuente que apaga la sed que tenemos de elevacion y grandeza; pues que en esta pura criatura está sublimada nuestra naturaleza á aquel grado de perfeccion que tuvo en los dias de su inocencia y candor. ¡Qué satisfacción para nosotros y qué incentivo para sus alabanzas! Veneremos pues á esta Señora inmaculada en su concepcion; y en ella contemplemos el origen de su grandeza ante el Señor, y el motivo de sus glorias ante los hombres.

Pero vos, mi salvador Jesus, que tuvisteis á bien escogerla para templo en do morar por espacio de nueve meses, y que por esto lo fabricasteis pulido y sin defecto, ayudádme en el elogio que voy á formar de sus grandezas y de sus glorias. Experimente yo en este dia vuestras divinas gracias, para que, purificado mi corazon, anuncien mis labios con dignidad y decoro el torrente que de ellas derramasteis en su concepcion inmaculada. Yo lo espero así, Señor, porque es vuestra querida madre la que tengo de alabar. Interesáos vos, Señora, porque no quede menoscabada en manera alguna vuestra hermosura y santidad. Yo os lo suplico humildemente, y para ello os saludo con las palabras del ángel, cuando os llamó *bendita y llena de gracia. Ave Maria.*

No las inmensas riquezas que el hombre posee, los ricos y preciosos tesoros que guarda, las vastas y fértiles provincias que domina, el extenso y absoluto poderío que ejerce, ni el acatamiento y vasallaje que se le rinde, son á los ojos de nuestra

Religion títulos bastante valederos para afianzar su reputacion y grandeza ante la presencia de Dios, conocedor verdadero y único del mérito y excelencia de nuestras acciones. Títulos por cierto muy débiles son aquestos, que si hoy alucinan y sorprenden un instante, al otro dia enteramente desaparecen, para sepultarse en el profundo caos de la nada y en la tenebrosa region del olvido; y lo que es mas, acompañanlos á las veces los denuestos y maldiciones de los pueblos, aquejados de amargos recuerdos que continuamente atormentan su memoria. ¿Y cuántos y cuáles ejemplos no conserva la historia en sus páginas de elevadas, pero funestas fortunas, de soberbias, pero dañinas grandezas, embellecidas de todos los encantos de felicidad y bienandanza, que al fin vinieron á parar en fuentes brotadoras de sangre y en rios incendiarios de fuego, que extendieron sobre el universo el lúgubre manto del dolor y la muerte? No son estos, señores, los caminos derechos que conducen á la sólida grandeza de nuestras almas; sendas son torcidas que precipitan al hombre en el abismo de la hediondez y en el fango asqueroso del vicio y de la maldad. ¿Y cómo es posible que Dios se agrade de un complejo de iniquidad, que solo al nombrarlo se estremecen las columnas del averno, se ensanchan sus ennegrecidas bóvedas y se abren sus fauces horrosas para arrastrarlos en su vientre de fuego, donde solo se oirá el crujir y rechinamiento de dientes? ¿No es por ventura el Dios de los cielos Dios de pureza y bondad, de santidad y justicia, de belleza y hermosura, y de perfeccion infinita? Pues ¿cómo puede ser que Dios estime grande á lo que solo es rebelion insolente contra su poder y majestad, y desprecio y vil desacato de sus atributos divinos?

Así es, señores, que únicamente valen mucho á los ojos del Señor los hermosos ropajes de su gracia y los brillantes caracteres de su amistad y benevolencia. Á él solamente placen víctimas puras y sin mancha; y no sube hácia su trono sino el olor suave de exquisitos y preciosos perfumes. El que de esta manera ataviado se presenta ante su acatamiento divino, es al momento el objeto de sus cariños, le merece sus dulces abrazos y atrae sobre sí en abundancia sus divinas bendiciones. Su nombre augusto se escribe con letras de oro en el libro de la vida, y se le preparan los majestuosos asientos que eternamente debe ocupar ante su magnífico trono. Los cortesanos del cielo ya le

saludan con el nombre de grande, porque se ha publicado la privanza que goza con su divina Majestad, y toman con sus manos las coronas de oro, para ceñir su hermosa frente en el día de su exaltacion y grandeza. Su manto aparece entónces matizado con los vivos colores de todas las virtudes, y los mortales no descubren en él sino un astro benéfico, que extiende sus benignos influjos sobre toda la redondez de la tierra. Cuán elevada se presenta entónces la criatura! con qué respeto se la observa y acata! ¿Y qué puede contraponer á este magnífico cuadro toda la pompa y vanidad del mundo? Solo el que se acerca á Dios y se le junta con nudos estrechos, participa de su confianza y posee los únicos y verdaderos derechos á la grandeza, á la inmortalidad y á la fama.

¿Y qué otra criatura con mas razon que vos, Virgen santa, puede ostentar á la faz del mundo los brillos y subidos quilates de verdadera elevacion y grandeza ante la presencia de aquel que esencialmente es el solo grande? ¿Quién con mas prontitud arrebató las risueñas miradas del Criador? ¿Y quién se os adelantó en probar el preciosísimo néctar de su amor y las finezas de su voluntad? Ah! no, Señora, nadie se os aventaja, nadie se os adelanta; vos sois la primera y única que, luego que comenzasteis á ser, ya fuisteis toda de mi Dios, de aquel que desde la eternidad os poseyó antes de haber extendido sus manos á las obras de su poder, y de aquel que os escogió de entre millares, para apellidaros con los dulces y expresivos nombres de *única mia*, *paloma mia* y *hermosa mia*. No llegaron á vos los hábitos venenosos de la sierpe, ni resonaron jamas en vuestros oídos sus palabras de perfidia y de muerte. Vos ya en el primer instante de vuestra existencia rompisteis su cetro de hierro, y aplastasteis su cabeza de inmundicia, para que ni siquiera osase levantarla para miraros. No hubo noche, no, para vos, sino que todo fué día, día claro y apacible, risueño y luminoso, alegre y sin quebrantos. No fué como la de los hijos de Adan vuestra concepcion: fué toda limpia, toda pura, sin tacha, sin mancha alguna y del todo inmaculada. La ley os respetó, porque el Criador os amparó con su poder y voluntad.

Así lo debía, señores, á su honor y á los altos destinos á que habia preparado á esta agraciada y hermosísima criatura. Él la habia destinado para madre dignísima de su unigénito Hijo, de cuya purísima sangre se habia de formar su cuerpo bendito

y de cuya preciosísima leche habia de alimentarse en su infancia. Aquí en su vientre virginal habia de obrarse el misterio mas grande que se anunció á los siglos, y de sus entrañas habia de salir la estrella de Jacob, la luz de Israel, el reparador de sus ruínas, el dominador de las naciones, el exterminador del pecado, y el aniquilador del funesto y extendido imperio de Satanás. Él es llamado por antonomasia el Ungido del Señor, el mas hermoso de entre los hijos de los hombres y el espejo sin mancha de la eternidad. Y desde que de esta manera lo decretó el Señor, debió ser María siempre pura, siempre incorrupta y siempre inmaculada. Este es el lenguaje de los santos Padres, de los Concilios y la voz unánime de todos los fieles. Este es el punto céntrico en donde paran las líneas de defensa de sus devotos, y la égida poderosa con que rechazan los ataques del enemigo, si acaso hubiera alguno que osara insultarla. No se compadece la pureza del Hijo con la impureza de la Madre; la santidad y justicia del Hijo con la culpa y pecado de la Madre; el supremo dominio del Hijo con el vasallaje ignominioso de la Madre; ni la brillantez y esplendor del Hijo con el ofuscamiento y oscuridad de la Madre. En donde está el soberano, allí brilla su trono, y en donde está su trono, ahí resplandecen la preciosidad, la belleza y el decoro. No es digno de un monarca un palacio sucio y hediondo, y antecámaras desprovistas y desaliñadas son en mengua de su dignidad real. ¿Qué idea nos daría de su poder? qué concepto formaríamos de su honor y decoro? Pero á María escogió el Señor para sitio real, en donde levantar su palacio y colocar su augusto solio. Separád luego de ellos toda imperfeccion, todo desórden; figuráos en ellos luz pura, esplendor brillante, limpieza y blancura extremadas, y apartád de ellos el mas pequeño ruido de armas enemigas y la mas mínima señal de dominio y servidumbre extranjera. Acaso no fué decente á Dios? acaso no lo pudo Dios? Fué decente y lo pudo; y si le fué decente y lo pudo, ¿dejaría de quererlo y de dar esta prueba auténtica de sus finezas y amor hácia su madre? Ó Raimundo Lulio! ó Duns Escoto! ¡cuánto hicisteis valer estas razones, para afianzar este misterio dulce, este privilegio exclusivo, este don singularísimo de nuestra Reina y Señora!

Perdonádmme, señores, este devoto extravío de mi afecto y ternura hácia la inmaculada concepcion de María. No entra en

el plan de mi discurso ofender vuestra delicadeza en la devoción favorita hácia este augusto misterio. Si os he dado pruebas que no necesitáis, ha sido inadvertencia mia, arrebatado de celo por la gloria y esplendor de la pureza de nuestra virgen Madre. Fácilmente se perdona al hijo y se le oye con agrado, si debiendo engrandecer las honras y privilegios de su madre, toca de paso los títulos con que se afianzan y se los merecieron. Yo soy hijo de María, y lo sois vosotros tambien. Oh! ¡con qué placer debemos escuchar los motivos de su exaltacion y grandeza! ¡Con qué entusiasmo debemos ostentar los monumentos auténticos en que se apoyan su elevacion y su gloria! Estos obsequios se los debemos á María; y nuestra devoción demanda estos tributos de profunda veneracion y respeto.

Fijémonos pues, señores, en contemplar la concepcion de María en el instante primero de su ser toda pura, sin mancha alguna y del todo inmaculada. ¡Qué recuerdos tan dulces se excitan luego en nuestra memoria! ¡Qué imagen tan bella y primorosa se presenta á nuestros ojos! Y ¡qué manantial tan fecundo de glorias y grandezas se ofrece á nuestros espíritus! Nos recuerda primero á un Dios misericordioso, que ha desarmado su diestra de sus castigos y venganzas; á un Dios apacible, que ha puesto coto á su ira y furor; y á un Dios consolador, que se muestra clemente y lleno de dulzura y de bondad. Y despues ¡qué criatura tan agraciada y hermosa roba toda nuestra atencion! Nada hay en toda la naturaleza de sublime y elevado, que pueda entrar en comparacion con María, en el primer momento de su concepcion inmaculada: es el teatro de la omnipotencia de Dios y su obra por antonomasia. Cuanto se ha dicho de la frondosidad de los valles, de la amenidad de los campos, de la hermosura de las flores, de la brillantez de las estrellas y de los resplandores del sol, es nada, son pinceladas muy débiles, que distan infinito de su alteza, elevacion y sublimidad. Atendéd, si os place, á las comparaciones sublimes de las Escrituras, á las descripciones magnificas de los profetas, á los encomios singulares del libro de los Cánticos, á los elevados elogios de los santos Padres y á las efusiones de ternura de escritores elocuentes, y sí, algo os dirán; pero no os dirán lo bastante para formar una idea completa de la grandiosidad de su alma y de la belleza de su cuerpo desde el primer instante de su concepcion inmaculada. No hay que pa-

rarse en la elevacion de los cedros del Líbano, la majestad de las palmas de Cades, la incorruptibilidad de los cipreses del monte Carmelo, la fragancia de los cinamomos de Sion, la hermosura de los lirios de los valles, la blancura de la nieve de los collados, la magnificencia de las tiendas de Cedar, ni la solidez de las torres de David; imágenes muy expresivas, alusiones que dicen mucho, cuando se habla de otro que de María en su concepcion inmaculada; pero que aplicadas á esta Señora en su ser primero, si no pierden del todo su valor, son á lo mas pequeños rasguños que indican á lo léjos una obra maestra, un original acabado, un tesoro de perfeccion y beldad. El Eterno se complació en formar esta grande obra; sus manos creadoras se ocuparon todas en delinear sus contornos y en diseñar sus facciones; y en ella, permitídmeme esta expresion, se apuraron los recursos de su omnipotencia. ¡Cuán bella y agraciada aparecisteis entónces, ó Señora! Y ¡cómo arrebatasteis nuestras voluntades y corazones!

Sorprenden en realidad, señores, estas expresiones magnificas que acabáis de oír, alusivas todas á la grandeza de María; pero no es dado á la lengua de hombre poderla anunciar como es debido. Al instante nuestra consideracion se vuelve al origen fecundo, de do nacen este rio caudaloso, este Océano inmenso de tesoros y preciosidades, que engrandecen y exaltan á María en el primer instante de su concepcion inmaculada. Aquí se descubre el manto divino que la protege, y las manos omnipotentes que la perfeccionan. Pues porque María es inmaculada en su concepcion, ya el Eterno se ha posesionado de su alma, ha fijado en ella su mansion, y en ella ha establecido el trono de sus favores y gracias excelsas. ¿Quién podrá contar entónces uno por uno los preciosos esmaltes con que engastó la corona de oro con que ciñó su hermosísima frente? El Padre, el Hijo y el Espíritu santo se la pusieron, y dejaron impresos en ella rasgos magnificos de su poder, de su saber infinito y de su inmenso amor. Reuníd en uno, si podéis, toda la perfeccion de los ángeles y toda la santidad de los justos, y siempre será mas sublime la perfeccion de María, mas elevada la santidad de María en el primer instante de su concepcion inmaculada. Merecieron en verdad aquellos justos tiernos abrazos de Dios, participacion de su gracia; pero en parte fué esto beber en arroyos: María goza de toda su plenitud; la fuente no

se esparrama, sino que toda entera riega y fertiliza su hermosísimo campo. ¡Qué lozanas flores no brotarán que lo embellezcan y lo distinguan!

Seguíd si no contemplando á esta hermosa criatura en el primer instante de su concepcion; y porque es inmaculada, vedla ya cómo se eleva su alma grande hasta el solio de la Divinidad; allá observa á su Dios cara á cara, admira sus perfecciones y divinos atributos, bendice sus bondades, le ofrece su corazon, canta sus alabanzas y publica sus dulces misericordias. Vedla ya cómo se derrite toda en su amor: como volcan que despidе rayos de fuego, así era su encendido pecho, que arrojaba á su Amado flechas amorosas con que herirle, para que herido no se le escapara. Vedla cómo se anonada y se humilla en su acatamiento; nada descubre en ella digno de tantas gracias y favores; á solo su Dios confiesa merecedor de todo honor y alabanza; miéntras se apropia á sí misma el humillante dictado de *sierva* y *esclava*. Vedla ya cómo se inflama su pecho en ardiente celo por la gloria de su Amado; y en nada reputa para su exaltacion, ni los continuos sobresaltos de un Egipto, ni los acerbos dolores de un Calvario. Vedla ya cómo se afianza en las promesas divinas; y asida de esta fuerte áncora, no la perturban ni las encrespadas olas de la tribulacion, ni los furiosos torbellinos de contradiccion y de muerte. Vedla cómo interpone sus ruegos al Todopoderoso en favor de los mortales; cómo escribe sus nombres en las telas de su corazon, y les extiende su manto para cubrirlos y ampararlos. Vedla... Pero ¿quién es esta, me interrumpirán los ángeles, á la cual convidas á observar? Nosotros que la estudiamos de cerca y de continuo la contemplamos, no hemos podido comprender los subidos quilates de su hermosura, ni la extension inmensa de sus perfecciones: solo podemos decir que la vimos subir mas placentera que la aurora de la mañana, mas risueña que la primavera, mas frondosa que el otoño, mas resplandeciente que el mismo sol, mas brillante que las estrellas, mas hermosa que la luna y mas fragante que los aromas. Dí á tus oyentes que la inteligencia de nuestros coros, la fe de los profetas, la esperanza de los patriarcas, el celo de los apóstoles, la constancia de los mártires, la contemplacion de los cenobitas, la austeridad de los anacoretas, la pureza de las vírgenes, y todas las virtudes que se admiran y celebran en los justos, todas se hallan

juntas en esa Vírgen ya en su concepcion inmaculada; pero de un modo tan excelso y elevado, que de ninguna manera se pueden explicar. Díles que si hablando de esta Vírgen se acuerdan por ventura de las Raqueles y Saras, de las Judites y Esteres, de las Abigailles y Déboras, y de todas las demas heroínas que fueron la gloria de Israel y la magnificencia de su pueblo, no las confundan con María; pues que la hermosura y virtudes de aquellas tan encarecidas solo fueron sombra de las que resplandecieron en el alma dichosa de nuestra Reina y Señora. Anúnciales por último que esa Vírgen es la esposa querida del Espíritu santo, que en ella ha obrado arcanos profundos á él solo reservados, y que el derramamiento de sus dones en su concepcion inmaculada la han elevado á una region tan sublime, que no es dado al vuelo de la inteligencia humana poderla penetrar.

Os doy mil parabienes, Vírgen santa, por vuestra concepcion inmaculada. Esta es la joya preciosísima que vos mas estimáis, pues que por ella estuvisteis siempre unida á vuestro Dios, y nunca fuisteis emancipada de su gracia y amistad. Muchas cosas pudieran decirse de este privilegio singular é inaudito, y de esta fineza que merecisteis del Criador. Pero deslumbrado yo con sus resplandores y brillantez, me abismo ante ese profundo Océano de riquezas y majestad, y solo he tenido aliento para insinuarlo, como el origen puro de vuestra grandeza ante la presencia de Dios; y asimismo voy á admirarle como el motivo de vuestras glorias ante los hombres.

¡Con qué entusiasmo, señores, han promovido los fieles la exaltacion de María en su concepcion! Ellos la han proclamado á voz en grito concepcion pura, incorrupta, sin mancha alguna y del todo inmaculada. Desde el uno hasta el otro polo del universo este es el lenguaje general que se oye entre los cristianos, y la Concepcion inmaculada es el primer signo de su alfabeto, y la primera palabra de su diccionario. Los balbucientes labios de los niños se esfuerzan en adiestrarse á pronunciar este dulce nombre; inocente risa aparece en su semblante á vista de su imágen; y alargan sus tierneçitas manos para apretarla contra su pecho. En los montes y en los collados, en el campo y en los valles, en los poblados y en los desiertos, en las capitales y en las provincias, en las ciudades y en los pueblos, en los ejercitos y en las batallas, en el mar y en la tierra, de dia y de no-

che, se oye siempre el eco sonoro de esta dulce voz *la concepcion inmaculada de María*, y resuenan por todas partes cantares alegres de sus alabanzas. Ya se oye en los palacios de los reyes, en las casas de los grandes, en los claustros de los religiosos; ya en los campamentos de los militares, en las lonjas de los mercaderes, en las fábricas del artesano; y ya en fin en las humildes chozas de los campesinos. Sus imágenes adornan sus aposentos, los acompañan en sus viajes, los consuelan en sus enfermedades, y en las tiernas miradas que á ellas dirigen, encuentran siempre el bálsamo de sus quebrantos. ¡Cuántos templos suntuosos no le dedican! cuántos altares no le consagran! y cuántos soberbios monumentos no le levantan! Riquezas en fin, alhajas, servicios, y cuanto pueden, lo emplean todo en obsequio de María en el misterio de su concepcion inmaculada.

Observád si no á los Agustinos y Gerónimos, á los Ciprianos y Anselmos, á los Ildefonsos y Fulgencios, que en sus escritos y homilias la proclaman pura, sin mancilla, siempre hermosa, siempre incorrupta. ¡Cómo le dicen que el manto divino la cubrió siempre; que nada tuvo que ver en ella el enemigo; y que fué siempre la mansion pura de toda la Trinidad! Observad á Raimundo Lulio, honor de Mallorca, á Juan Duns Escoto, honra de la religion de Francisco, que arrostran peligros, vencen obstáculos, no perdonan trabajos ni diligencias para publicarla y defenderla inmaculada en su concepcion, ante los doctores de la universidad de Paris, los sabios del primer orden y las lumbreras del saber. ¡Con qué valentía esfuerzan sus razones, á que no es dado resistir! Con qué claridad resuelven las dudas que se ofrecen! Y ¡con qué maestría rebaten las dificultades que se les objetan! Parece que su destino no fué otro que para la inmaculada concepcion de María, pues que á este dulce misterio dirigen sus tareas, sus meditaciones, sus libros; libros en que brillan el nervio y solidez, la energía y elocuencia, la erudicion y persuasion irresistible. Observád á tantos otros sabios de todas las naciones que se reúnen en un mismo sentimiento, sin que discrepen los alemanes de los italianos, los franceses de los españoles, los suecos de los ingleses, los indianos de los europeos, ni los griegos de los latinos. Observád las liturgias de todas las iglesias, las resoluciones de los cabildos y los acuerdos de las universidades, que ya prescriben esta solemnidad,

ya la pompa y magnificencia de este culto, y ya el voto en su defensa para los honores académicos. Observád á los Concilios generales, y en particular al tridentino, que hablando del pecado original, no quiere se haga mencion de María, pues que no es el ánimo de los Padres confundirla con las demas criaturas. Observád á los sumos pontífices que prohíben impugnarla, que derraman los tesoros de indulgencias á manos llenas sobre sus devotos, que exhortan á su culto y lo promueven; á Benedicto XIV, que celebra esta fiesta con la misma pompa y solemnidad con que en el Vaticano se solemnizan las canonizaciones de los santos. Observád á los emperadores de Alemania y á los reyes de Francia, de Portugal y de España, que la aclaman, y la invocan, y la bendicen en este misterio; y á Carlos III que le ofrece su cetro y corona, y pone bajo su proteccion á sus hijos é infantes, á sus súbditos y á todo el reino español. Observad á los institutos religiosos...

Pero tuya es la gloria privativa, ó religion franciscana, de ser la acérrima defensora de la Concepcion inmaculada, de ser la incansable propagadora de su culto, la elocuente preconizadora de sus alabanzas, y la centinela vigilante que nunca se duerme en su custodia. De tu seno han salido los Buenaventuras, Escotos y Lulios; y si otros muchísimos no tuvieras, estos solos valen por mil, pues se aparejaron para el combate, sostuvieron con teson los ataques, y por fin alzaron con sus manos el pendon de la victoria. María en su concepcion inmaculada es la niña de tus ojos, el iman de los corazones de tus hijos, la antorcha que ilumina sus pasos, y el polo á que dirigen sus empresas, sus afanes y sus cansancios. En do quiera que pongas tus piés, allí brilla este dulce misterio; y en cualquiera parte que se presente un franciscano, allí se presenta un devoto y un soldado de la concepcion inmaculada de María.

Así triunfasteis, Señora, en vuestra concepcion de los corazones de los hombres, y así arrebatasteis sus afectos y cariños. Nadie hay en el cielo y en la tierra que os sea semejante, pues que vos sola llamasteis toda la atencion de un Dios, y vos sola domináis las voluudades de sus criaturas. ¿Quién osará disputaros esta vuestra grandeza? y ¿quién no la admirará acompañar vuestra concepcion inmaculada? Por ella, Señora, os suplico que amparéis nuestras almas; que las defendáis de los ataques del enemigo, y que nos alcancéis de vuestro Hijo una

parte de la gracia, que con tanta abundancia os comunicó en vuestra concepcion. Nosotros os ofrecemos todo lo que somos y cuanto valemus; nada reservamos. Solo os pedimos, Señora, que nunca nos abandonéis; y cuando cercanos á la muerte, nuestros labios estén próximos á cerrarse, dispensádnos que las últimas palabras que profieran, sean las de *Jesus y María inmaculada*. Amen.

DISCURSO

DE LA PURÍSIMA CONCEPCION

DE MARÍA SANTÍSIMA.

(DE GARCÍA BERMEJO.)

Surrexerunt filii ejus, et beatissimam prædicaverunt.

Levantáronse sus hijos, y la proclamaron beatísima.

Proverbios, c. 31. v. 28.

Queriendo Dios mostrarse omnipotente y dueño absoluto de sus criaturas, les dictó leyes, les señaló penas para el caso de infraccion, y alguna vez, usando de su soberanía, dispensó de las unas y las otras á los seres dichosos que quiso distinguir su bondad en el orden de la naturaleza y de la gracia, presentando esta variedad de proceder el cuadro mas hermoso de su sábia providencia. Crió al sol, y le mandó que presidiese al dia (1), girando por el cielo con una carrera perene y nunca retrógrada: el sol obedeció la voz de Dios; mas cuando fué preciso para acreditar el poder y la fidelidad de su hacedor, el sol se pára todo un dia frente de Gabaon (2), y retrocede diez líneas en el reloj de Acaz (3). Decretó en sus eternos consejos que los hombres murieran una vez sola (4); sin embargo á la voz de Jesus, árbitro de la vida y de la muerte, salen de sus féretros y sepulcros Lázaro (5) y el hijo de la viuda de Naím (6) y la hija de Jairo archisinagogo (7) resucita; y los tres mueren dos veces.

(1) *Genes. c. 1. v. 16.* (2) *Josue, c. 10. v. 13.* (3) *IV. Reg. c. 20. v. 11.*

(4) *Hebr. c. 9. v. 27.* (5) *Joann. c. 11. v. 44.* (6) *Luc. c. 7. v. 15.*

(7) *Marc. c. 5. v. 42.*